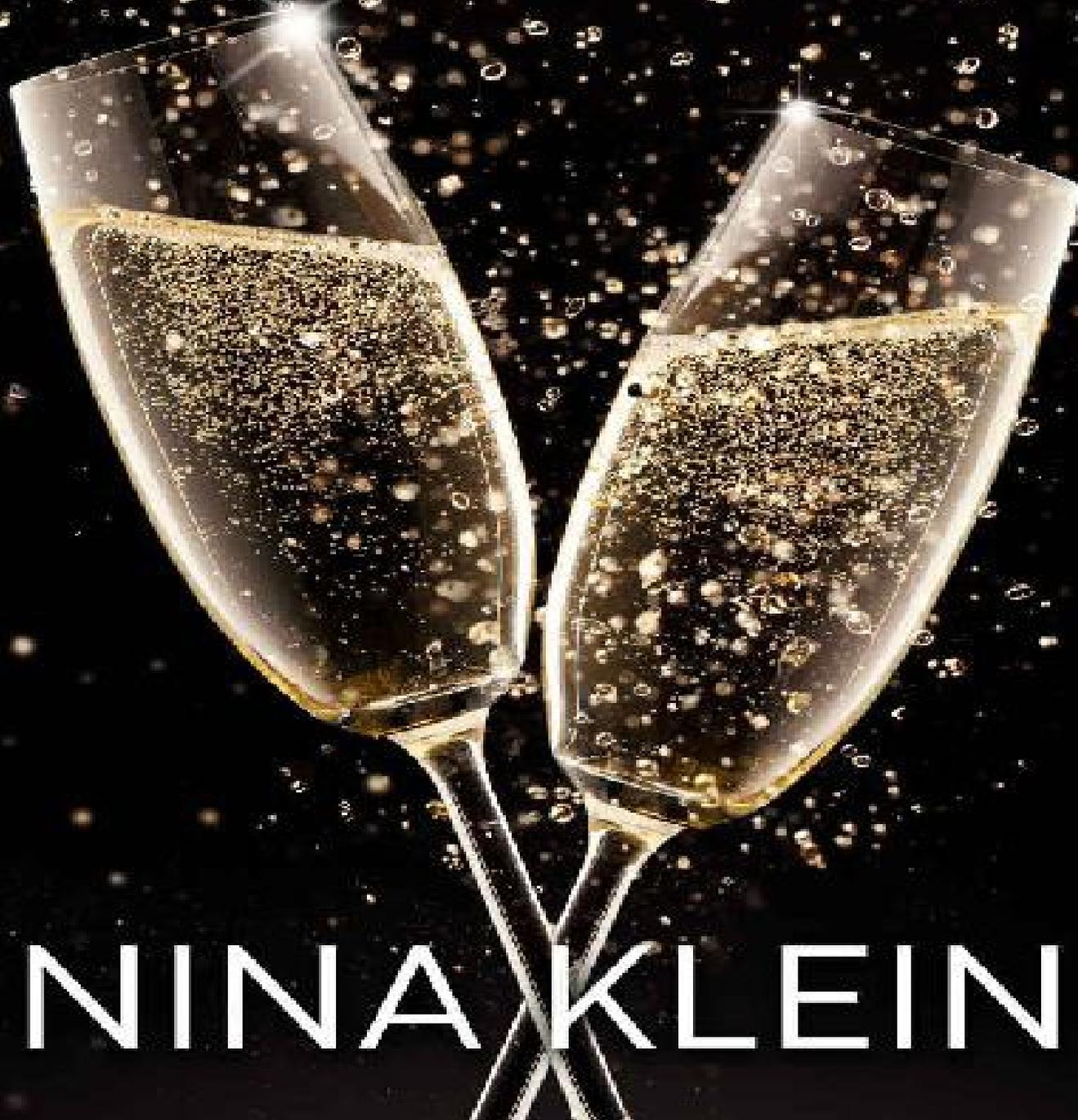


NOCHE DE

Fin de Año



NINA KLEIN

NOCHE DE FIN DE AÑO

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2018, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

Sinopsis

Aviso importante

1. Ultrapatética
2. Empieza el juego
3. Una visión en rojo
4. La cuenta atrás
5. Ha sido el alcohol
6. Por un año nuevo libre de bastardos
7. La limusina
8. La habitación
9. Feliz Año Nuevo

Acerca de la autora

Otras historias de Nina Klein

SINOPSIS

Laura está dispuesta a terminar el año acampada delante de la televisión, en pijama, tragándose patéticos especiales de Nochevieja. Sus compañeros de piso, Mike y Sharon, no son capaces de convencerla para que les acompañe a la fiesta de año nuevo a la que iban a ir juntos y terminan yéndose sin ella.

Hasta que le llega una notificación de Instagram, la abre y ve una foto de su exnovio con su nuevo *amor*.

En la misma fiesta a la que ella iba a ir aquella noche.

Así que decide vestirse a toda prisa para presentarse en la fiesta de improviso, justo antes de que den las doce, teniendo solo una cosa en mente: *venganza*.

Sin embargo, la noche no terminará *exactamente* como esperaba...

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años.

Espero que te guste ;)

ULTRAPATÉTICA

—*N*o insistáis: no voy a ir a ninguna parte.
Me envolví un poco más en la manta, intentando que el sofá me tragara. En la televisión, un refrito de vídeos musicales de los noventa.

Perfecto: una programación patética para una persona patética.

—¡Laura!

Mi amiga Sharon se plantó delante de la tele con los brazos en jarras. Llevaba un vestido de lentejuelas dorado que no dejaba nada a la imaginación, pero con su piel oscura le quedaba de vicio. Si me hubiese puesto yo un vestido igual, habría parecido un trozo de merluza congelada. Se había echado spray de purpurina dorada encima del afro y estaba maquillada como si acabase de salir de una sesión de fotos para una revista.

¿Yo? Estaba en pijama. Y en pijama pensaba seguir el resto de la noche. Y el resto de mi vida, si podía.

—Me estás tapando la vista —le dije, picada.

Se dio la vuelta para ver lo que estaban dando en la tele.

—¿Las Spice Girls? ¿En serio?

Me encogí de hombros.

Sharon me apuntó con el dedo. Mala señal.

—Laura, no puedes quedarte en casa la noche de fin de año. Y sobre todo —mover la mano en la dirección general del sofá— no puedes quedarte *en pijama* en casa la noche de fin de año. Venga: levántate.

—No —dije, cruzando los brazos sobre el pecho, moviendo la cabeza para intentar ver la tele detrás de Sharon.

—¡Mike! ¡Ven aquí!

Hice un *grrrrrr* en el fondo de mi garganta. A ver si se iban de una vez a su puñetera fiesta y me dejaban en paz.

Sharon y Mike eran mis compañeros de piso. Sharon trabajaba en moda, Mike en algo de economía, no me preguntes qué. ¿Bolsa? Ni idea. En Wall Street, eso sí lo sé.

Yo en publicidad.

Ni de coña podríamos permitirnos ese apartamento, en Nueva York, Manhattan para ser más concretos, si no fuese porque lo compartíamos. Mejor dicho: si no fuese porque Mike —que había llegado primero— nos alquilaba las habitaciones que le sobraban.

Eso sí, no podíamos quejarnos, por lo menos cada uno teníamos nuestra habitación. Yupi.

Mike vino a colocarse al lado de Sharon, delante de la tele. Me rendí, suspiré y les miré.

—¿Por qué no estás vestida? —Mike frunció el ceño. No se enteraba de nada, como siempre.

Estaban frente a mí, los dos de punta en blanco, y me deprimí aún más. Parecían sacados de un catálogo de ropa. No solo Sharon era una diosa; Mike era uno de los tipos más atractivos que había visto nunca, y con el traje que llevaba, oscuro, camisa gris un tono más clara que el traje, era prácticamente comestible.

Me hicieron sentirme más patética todavía con mi pijama, si eso era posible. Ultrapatética.

Sharon volvió a señalar con la mano en la dirección del sofá.

—Dice que no viene.

Mike me miró, el ceño todavía fruncido, mientras se hacía el nudo de la corbata. Sin espejo. Era así de estupendo.

—Pensé que habíamos quedado en ir todos juntos. La limo está a punto de llegar, y no queréis saber lo que me ha costado reservarla para esta noche... No había ni una libre.

Habíamos quedado en ir todos juntos a una mega fiesta pija del círculo de Mike. En una azotea con cubierta de cristal, en uno de los edificios más famosos de la ciudad.

Íbamos a ir en limusina, porque así podíamos beber lo que quisiéramos (y más).

Podríamos haber alquilado un coche normal, pero Mike no hacía nada normal. Todo lo hacía a lo grande.

—¿Por qué no vienes? —me preguntó directamente.

—No tengo ganas —mascullé.

Miró mi pijama, la manta. El envase de helado vacío encima de la mesita de centro, todavía con la cuchara dentro.

—No me digas que todavía sigues llorando por el imbécil ese.

Volví a hacer el *grrrrrr* en el fondo de la garganta. Pero también me dieron ganas de llorar.

“El imbécil ese”, como Mike se había estado refiriendo a él los últimos días, era Harold, mi último novio.

Me había abandonado una semana antes, justo antes de Navidad, cuando se suponía que iba a acompañarme a conocer a mi familia.

La comida de Navidad había sido divertidísima. Me había sentido como Bridget Jones, convenciendo a mis tías de que no me había inventado a mi novio, de que existía de verdad, y de que no, no se me iba a *pasar el arroz*.

Bastardo.

—No —dije, muy digna. Era falso, por supuesto—, pero no tengo ganas de celebrar nada.

Mike se puso las manos en las caderas y miró al techo.

—Laura —me dijo, con su voz de “voy a ponerme serio”—. Vístete. Que le den al tipo. Vamos a emborracharnos. Es año nuevo. Año nuevo, vida nueva. Mañana con la resaca, ni te acordarás del gilipollas.

A todo esto, al gilipollas lo había conocido a través de Mike, en una de sus fiestas pijas. Es cierto que me advirtió, “no salgas con nadie relacionado con Wall Street; son todos como yo” (se refería a golfo, mujeriego, inconstante e infantil), pero no le hice caso.

Harold era tan guapo... y atento... desde que nos conocimos, solo tenía ojos para mí. Aunque por lo que luego supe, solo tenía ojos para mí pero manos para varias.

Volví a deprimirme.

—No —me aguanté las ganas de llorar—. De verdad, no tengo ganas. Pero id y pasadlo bien, no os preocupéis. Si voy, lo único que voy a hacer es amargaros.

Sharon tenía los brazos cruzados sobre el pecho, no parecía convencida. Mike me echó un último vistazo, miró su reloj y se dio por vencido.

Se inclinó para darme un beso en la coronilla.

—No te comas todo el helado de la nevera —me dijo, antes de irse—. No querrás tener que pasar Año Nuevo tirada en el sofá, pero con indigestión en

vez de resaca...

EMPIEZA EL JUEGO

Volví a a pasar por todos los canales de televisión por vez número cuarenta.

La programación era cada vez más patética, y todavía quedaban —miré la pantalla del móvil— casi dos horas para que bajase la bola de Times Square. Parecía mentira que solo fuesen las diez y cinco. Se me estaba haciendo la noche eterna...

Al mirar la hora vi una notificación nueva en la pantalla del móvil, de Instagram. Torcí el gesto cuando vi que era de la cuenta de Harold. Tenía que dejar de seguirle... solo hacía una semana que había terminado lo nuestro, pero tenía que empezar a desconectar en algún momento. Aunque no tenía que ser *precisamente* en ese momento.

Pinché —por qué no iba a hacerlo— y lo que vi me dejó helada.

Un *selfie* de él con una rubia espectacular con un vestido plateado igualmente espectacular. Estaban besándose, o casi, mientras miraban a la cámara.

Y debajo ponía “con mi amor en la fiesta del *Flatiron building*”.

En la fiesta del *Flatiron*.

La misma fiesta a la que iba a ir yo, en la que se estaban divirtiendo Sharon y Mike.

Y Harold, al parecer.

Con su *amor*.

Vi venir la furia, y no hice nada por aplacarla. Me levanté del sofá de un salto.

—¡Su amor! ¡Su amor! —fui diciendo en voz alta mientras me dirigía a mi habitación—. ¡Bastardo! Ya veremos qué cara se te pone cuando tu ex-amor

aparezca en la fiesta.

Porque lo que no iba a hacer, no señor, era quedarme en casa, llorando, comiendo helado en pijama debajo de una manta viendo horribles especiales de Nochevieja, mientras el bastardo se divertía con *su amor*.

¡Bastardo!

* * *

TIRÉ hacia abajo del vestido mientras cruzaba el vestíbulo del edificio. Había tardado casi hora y media en plantarme en la fiesta. Menos mal que no había tardado nada en prepararme —solo tenía que vestirme y maquillarme, el resto del trabajo, depilación, manicura y demás lo había hecho por la tarde, cuando todavía pensaba ir a la fiesta.

Lo mismo con el vestido. Lo había comprado un mes antes, cuando todavía pensaba que iba a ir a la fiesta con Harold. Cuando todavía pensaba que era “su amor”.

Me había costado un riñón porque quería impresionar a sus amigos y conocidos. Y la ropa de fiesta no se podía devolver.

¡Bastardo!

Entré en el ascensor y me miré en el espejo. El vestido era espectacular, rojo, de tela brillante pegado en la parte de abajo —donde llegaba a medio muslo— pero suelto en la de arriba, con un escote trasero que llegaba casi hasta la cintura. Había elegido hacerme un moño informal porque no tenía tiempo de colocarme el pelo. Lo mismo con el maquillaje: ojos ahumados y labios rojos, no me había dado tiempo a hacer mucho más.

El resto del tiempo lo había invertido en llegar hasta la fiesta. No había tenido problema en encontrar un Uber (parece ser que estaban haciendo horas extras esa noche), pero el tráfico estaba imposible. Un viaje de quince minutos se había convertido en uno de casi una hora.

Pero allí estaba, y con media hora de sobra antes de las doce.

Saqué mi pintalabios rojo de la cartera de mano y me retoqué los labios en el espejo del ascensor.

Le había tomado prestada a Sharon la purpurina dorada y me la había puesto por los brazos, las piernas y el escote.

Guardé la barra de labios en la cartera justo cuando se abrían las puertas del ascensor.

Sonreí.

Empieza el juego.

UNA VISIÓN EN ROJO

Mike

Estaba teniendo problemas para recordar el nombre de la pelirroja que me estaba metiendo mano (no muy disimuladamente, por cierto), mientras intentaba a escuchar a otra de las mujeres... ¿Patty?, que me hablaba de algo (no tenía que haberme bebido el último cóctel, pero la fiesta estaba siendo más aburrida de lo que prometía) cuando escuché el *ding* del ascensor.

No sé ni cómo pude escucharlo, con la música y el ruido de las conversaciones, pero levanté la cabeza y allí estaba.

Una visión en rojo: un vestido brillante que no dejaba absolutamente nada a la imaginación, unas piernas infinitas, unos labios también rojos... y una expresión en la cara que no presagiaba nada bueno.

Estaba hablando de Laura, por supuesto.

Parece que había decidido levantarse del sofá y quitarse el pijama.

Wow. Simplemente, *wow*.

La vi mirar a su alrededor, hecha una furia, y supe que se avecinaban problemas. Me sacudí el estupor de encima y entré en acción.

Quitó la mano de la pelirroja de mi muslo, musitó un *disculpad*, y salió pitando a intentar interceptarla.

Laura

Nada más abrirse el ascensor, directamente a la planta de la fiesta, eché un

vistazo rápido por encima a los diferentes grupos de gente. Había muchísima, más de la que esperaba. Era un poco agobiante. Vi a Mike rodeado de su harén particular, como siempre. Solo esperaba que no se llevase a nadie al piso, aunque fuera solo aquella noche. No estaba de humor para escuchar proezas sexuales ajenas a través de las paredes.

No vi a Sharon y no vi a Harold, así que me adentré en la muchedumbre.

Llevaba veinte segundos navegando entre el gentío cuando Mike se plantó delante de mí.

—Hey, Laura. ¿Dónde vas?

Mike me conocía lo suficiente como para ver que tenía el asesinato en los ojos.

—A buscar a Harold y a su... *amor*. Y cuando lo encuentre, a decirle exactamente lo que pienso de él. ¡Bastardo!

Mike se mordió el labio.

—¿Cómo te has enterado?

—¿De qué? ¿De que el bastardo ha aparecido en la fiesta con su nueva novia? Lo he visto en Instagram.

Me cogió del brazo y tiró un poco de mí, en dirección contraria.

—¿Qué haces? —le dije—. Voy a buscar a Harold.

Me llevó hasta el borde de la sala, donde la gente hablaba apoyada en la pared con copas en la mano.

Copas. Un par, o media docena, mejor. Esa era la otra cosa que necesitaba, además de encontrar a Harold y vengarme.

—Escúchame, Laura —dijo Mike—. No es una buena idea. Por muchas razones en las que no voy a entrar ahora, pero la principal es que le vas a hacer un favor. No conoces a Harold, tiene un ego enorme. Si le montas una escena, lo va a disfrutar como un enano. Y luego le dirá a todo el mundo que sigues colgada por él y que no puede quitarse a las mujeres de encima. Es así de imbécil.

De todas las cosas que había dicho, solo me había quedado con una.

—¿Cómo que no conozco a Harold? Perdona, pero he pasado seis meses con él.

Mike negó con la cabeza, lentamente.

—Créeme, no lo conoces. Es una sabandija.

Me sacudí su brazo.

—¡Pero quiero que pague! ¿Qué hago entonces? Es para lo único que he venido a la fiesta...

Entonces se le empezó a formar una sonrisa peligrosa en la cara.

Conocía esa sonrisa. Nada bueno podía salir de esa sonrisa.

Mike solía tener unas ideas un poco... peculiares.

—Tengo una idea mejor —dijo—. Un golpe a su ego del que le costará recuperarse...

No dijo nada más. Me cogió de la mano, se abrió paso a través de la multitud y me llevó a la pista de baile.

LA CUENTA ATRÁS

Ella Fitzgerald versionaba *Have yourself a Merry Little Christmas* por los altavoces. Mike me puso una mano en la espalda, me cogió la otra y empezamos a bailar.

Mejor dicho, empezó a bailar mientras me arrastraba de un lado a otro.

—Mike. No me gusta bailar. No sé bailar, lo sabes de sobra.

—Déjate llevar. Y confía en mí.

Le miré con el ceño fruncido. No confiaba en él en absoluto.

Empezamos a dar vueltas y nos cruzamos con Sharon, que bailaba con un tipo bajito y pelirrojo y estaba partiéndose de risa.

—¡Laura! ¡Has venido! —dijo, constatando lo obvio.

No pude evitar sorprenderme al ver a su pareja de baile.

—¿Cuánto has bebido, Sharon?

—¡No lo suficiente! —dijo, mientras se alejaba dando vueltas con el duende pelirrojo.

Les seguí con la mirada, sonriendo.

—Sé lo que estás pensando, pero no le conoces... es un tipo de mi oficina. Graciosísimo.

—¿Hay alguien aquí que no sea de tu oficina? ¿O rico?

—Yo no soy rico.

—Quiero decir comparado con el común de los mortales.

Sonrió, y por primera vez —aquella noche, no por primera vez en general — me fijé en su sonrisa, la dentadura perfecta, el hoyuelo que se le formaba en la comisura derecha.

Normal que le persiguiese un séquito de mujeres dondequiera que fuese.

Le vi mirar por encima de mi hombro. Se puso rígido, pero solo fue un

momento. Presionó ligeramente con su mano en mi espalda desnuda y me pegó a él.

—¿Qué haces? —dije, todas las alarmas disparadas.

Se inclinó y me susurró al oído.

—Ahora empieza lo bueno. Sígueme la corriente.

Dio una vuelta y entonces pude ver lo mismo que él había podido ver antes: a Harold, con “su amor”. Estaba hablando y riéndose con ella y tenía una copa en la mano.

Lo cual me recordaba que todavía tenía que tomar una.

Me puse rígida mientras les veía reír y divertirse.

Bastardo.

Justo en ese momento giró la cabeza y nos vio. Justo también en ese momento, inexplicablemente, Mike bajó la cabeza y empezó a besarme el cuello.

Harold nos miró frunciendo el ceño.

—¿Qué haces? —dije, entre dientes, para no llamar la atención.

—¿No es obvio?

—Eh... *no*.

Mike dejó de atacarme el cuello para mirarme a los ojos.

Los tenía verde oscuros, rodeados de largas pestañas negras, y volví a pensar que era normal que tuviese un harén siempre a su alrededor.

—Darle celos.

—¿Perdona? —pregunté, momentáneamente distraída por los ojos.

Mike volvió a sonreír con su sonrisa peligrosa.

—Si conocieses a Harold sabrías que es extremadamente competitivo. Es hasta enfermizo. Y también sabrás que siempre ha estado celoso de mí.

Eso era verdad. Era terrible; estaba obsesionado con que al vivir con Mike tenía que haberme acostado con él en alguna ocasión, o iba a hacerlo de un momento a otro, irremediabilmente.

Aparte de eso, parecía obsesionado con él, con superarle en todo. Cosa que, por cierto, no consiguió nunca. Mike tenía mejor puesto en la empresa, ganaba más, tenía más éxito con las mujeres y era más alto, y más guapo, si había que ser honesta y objetiva.

—¿Crees que funcionará? —pregunté, sabiendo perfectamente que lo haría.

Mike sonrió.

—Ya lo está haciendo.

Se acercó un poco más a mí, mirándome los labios. Luego bajó una mano, lentamente, hacia la parte trasera de mi vestido...

—Mike —dije, tajante—. Si me vas a meter mano, al menos consígueme una copa antes. Es Nochevieja, todo el mundo está medio borracho o borracho y yo no he tomado ni un sorbo de alcohol.

—Es por la causa.

—Por supuesto. Pero quiero champán primero.

Sonrió y me llevó de la mano hacia la zona del bar. Decidí dejar el champán para cuando dieran las doce, y pedí una copa del cóctel más alcohólico que pude encontrar. Me la bebí de dos tragos y volvimos a la pista de baile.

Ahora Harold estaba bailando con “su amor”, pero con cara de pocos amigos. El mencionado amor tampoco parecía muy cómodo. O cómoda, mejor dicho.

Mike tardó cero coma dos segundos en cogerme de la cintura y pegarme a él, y un nanosegundo más en bajar una mano hasta mi culo.

Suspiré.

—No tienes remedio —le dije, en voz baja, meneando la cabeza.

Soltó una carcajada, y me mordió el lóbulo de la oreja. La verdad es que era bueno. Muy bueno.

—Tengo que aprovechar. Además, está funcionando.

Tenía razón. Absurdamente, lo estaba haciendo. Cada vez que veía a Harold por el rabillo del ojo estaba más y más rojo.

Cosa que no entendía... él ya estaba con otra. ¿Qué pretendía? ¿Que me quedase en casa llorando?

Bastardo.

Terminó la canción que estábamos bailando, y decidí salir de la pista. Ya había tenido suficiente. Me daba bajón pensar que había perdido seis meses de vida con ese engreído.

Entonces empezó a sonar *All I want for Christmas*, en versión de Michael Bublé.

La canción era una de mis debilidades, mi canción navideña favorita, y Mike lo sabía. Le llevaba taladrando los tímpanos con ella desde que había empezado diciembre.

—No puedes irte todavía —me dijo—. Tenemos que bailar esta canción.

Me acercó a él y empezamos a bailar, cada vez más juntos, y cada vez más lento... No estaba segura, pero parecía que los ojos se le habían oscurecido,

hasta coger el color del musgo.

Intenté no fijarme en la letra de la canción (*todo lo que quiero para Navidad eres tú*), intenté quedarme con la vista fija en la corbata de Mike, pero todo era inútil.

No sabía si era una mezcla de la canción, el baile o lo bien que olía Mike, pero empezaron a flaquearme las piernas y se me empezó a acelerar el corazón.

Por fin la canción paró, y nosotros con ella.

Estábamos en medio de la pista, todavía uno en brazos del otro.

Tragué saliva. Estaba en una mini-hipnosis provocada por la cercanía de Mike, su mano en mi espalda desnuda y sus ojos verde oscuro.

Y los labios, que tampoco podía dejar de mirar.

¡Diez! ¡Nueve!

Y para rematar, la cuenta atrás.

¡Ocho! ¡Siete!

Tendríamos que besarnos a medianoche. Qué otra cosa podíamos hacer.

¡Seis! ¡Cinco!

Empezamos a acercarnos cada vez más, si eso era posible.

¡Cuatro! ¡Tres!

Mike bajó la cabeza, lentamente.

¡Dos! ¡Uno!

Antes de que sus labios tocaran los míos, pude ver por el rabillo del ojo a todas las parejas a nuestro alrededor empezar a besarse.

Y luego ya no pude pensar en nada más.

Empecé a escuchar fuegos artificiales, o igual estaban en mi cabeza... el beso había empezado como un roce de labios, pero enseguida enlacé mis manos detrás de su cuello, él enlazó las suyas en mi cintura, ladeamos la cabeza, y... *oh dios*.

No recuerdo nada más que el calor, sus manos, la lengua en mi boca, sus labios... en un momento dado una de sus manos bajó hasta la parte trasera de mi vestido para atraerme todavía más hacia él.

Que no sé cómo iba a ser posible, a nos ser que nos fusionáramos, para lo cual tampoco parecía quedar mucho.

HA SIDO EL ALCOHOL

— *B*uscaos un hotel, chicos —dijo alguien a nuestro lado.
Fue como si nos echaran un jarro de agua fría. Nos separamos de repente.

Éramos los únicos que seguíamos besándonos, por lo que parecía. Todo el mundo a nuestro alrededor tiraba confetti, brindaba con champán, los amigos se abrazaban...

Nos quedamos mirándonos en medio de la pista, en estado de shock, intentando recuperar la respiración.

—Ha sido la bebida.

—Ha sido el alcohol.

Lo dijimos a la vez, y sonreímos un poco, aunque la sonrisa de Mike no le llegaba a los ojos.

Sospechaba que la mía tampoco.

Se pasó la mano por el pelo.

—¿Quieres champán? —me preguntó de repente.

Me fijé y a nuestro alrededor todo el mundo tenía una copa en la mano.

—Sí. Habrá que brindar por el nuevo año —dije, sin mucho espíritu.

Mike fue hasta la barra mientras yo me quedaba sin saber qué hacer, parada en medio de la pista.

Vi un mostrador con botellas de agua y canapés, y me dirigí hacia allí. Desprecinté una botella de agua y estuve a punto de bebérmela entera. Tenía la boca seca.

Me temblaban las rodillas.

No iba a pensar. No quería pensar. Me iba a beber la copa de champán cuando Mike me la trajera, y probablemente a irme a casa después.

—¿VES como tenía razón? —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta y por supuesto, cómo no (la noche ya no podía mejorar más), allí estaba Harold. Solo, con su traje gris oscuro perfecto, la camisa blanca perfecta e impoluta, solo la corbata ligeramente movida.

Perfectamente peinado. Perfectamente todo.

Levanté las cejas, en una pregunta muda.

—Te estabas tirando a Mike —aclaró.

Estaba cansada. Habían sido muchas emociones seguidas en una noche, y de lo que menos tenía ganas en aquel momento —a pesar de que era a lo que había ido— era de tener una discusión con Harold.

—¿Dónde está tu novia? —pregunté, con la esperanza de que saliese corriendo a por ella y me dejase en paz.

—Has dado un espectáculo lamentable, comiéndote al tipo en medio de la pista —dijo, como si yo no hubiese hablado.

Suspiré, mientras me pasaba la botella de agua fría por la frente.

—Harold —no tenía ganas de hacer aquello. Me sentía sola, frustrada, y sola. Doblemente sola. Abandonada. Estúpida. Todo a la vez—, has colgado una foto en Instagram tuya y de *tu amor*. ¿Qué más te da lo que haga? No, en serio, ¿qué más te da? ¿A qué viene esto?

No sé si fue porque vio el tono cansado de mi respuesta, pero cambió de táctica.

—Laura... —dijo, con su voz dulce. La voz del tipo con el que había pasado seis meses compartiéndolo todo. Se me rompió todavía un poco más el corazón, si eso era posible—. Te echo de menos.

Sí, era posible.

—Harold...

Se acercó a mí y me acarició la cara.

—Me he portado como un gilipollas.

Cerré los ojos un instante.

—O como un bastardo —apuntillé.

Sonrió, y empecé a acordarme de todas las cosas buenas que habíamos pasado juntos. De las tardes de domingo y café. De las risas. De más cosas.

—O como un bastardo —repitió, dándome la razón—. ¿Qué dices? ¿Año Nuevo, borrón y cuenta nueva?

Estaba pensando en esas cosas buenas. En las vacaciones de verano en

Grecia, en lo desesperada que había estado esa noche, solo unas horas antes, tirada en el sofá, y el horror de la última semana.

Harold se acercó a mí, y supe que iba a besarme. Me asaltó el olor familiar de su aftershave como un puñetazo en el estómago.

—NO TE ENCONTRABA.

Miré por encima del hombro de Harold y allí estaba Mike, una copa de champán en cada mano.

Harold se separó de mí para ponerse a mi lado, y me pasó un brazo por los hombros.

Mike miró el brazo y luego me miró a mí. Me pareció ver una expresión dolida en su cara, pero un segundo después se borró y solo vi indiferencia.

—Pero ya veo que estás bien— dijo—. Nos vemos.

Se dio la vuelta y se perdió entre la gente, todavía con las dos copas de champán en las manos.

Sentí como si tuviese un nudo en el estómago. Me quedé unos segundos mirando su espalda, viéndole marchar.

¿Por qué me sentía tan mal? Vale, había besado a Mike, pero había sido en el calor del momento... un momento de debilidad. El baile, la canción, la cuenta atrás. Intenté quitarme de encima las punzadas de remordimientos y miré a Harold.

Y entonces vi que estaba sonriendo, una sonrisilla satisfecha, mientras veía a Mike alejarse.

Oh dios, pensé entonces. ¿Pero cómo puedo ser tan gilipollas?

POR UN AÑO NUEVO LIBRE DE BASTARDOS

Mike

*M*e bebí una copa de champán de golpe, luego la otra. Dejé las copas vacías en la bandeja de un camarero que justo pasaba por mi lado.

Perfecto. Tenía la noche libre de nuevo ante mí.

Iba a buscar a la pelirroja de antes, en caso de que no hubiese sido lista y se hubiese buscado otro tipo ya a aquellas alturas. Que probablemente sí.

O si no, a cualquier otra. Cualquier otra mujer que no significase nada para mí, otro polvo rápido, otro orgasmo de usar y tirar. Era a lo que estaba acostumbrado y, si la experiencia significaba algo, era lo mejor.

Lo que no necesitaba eran complicaciones.

De todas formas primero iba a salir un momento a la terraza, porque necesitaba que me diese el aire en la cabeza.

Aunque fuese para quitarme la imagen de Laura y Harold, juntitos, como si nada hubiese pasado.

Como si la última semana no hubiese pasado.

Como si la última media hora no hubiese pasado.

Si ella podía olvidar el beso, yo también.

—¡Mike!

Iba a salir por la puerta de la terraza cuando oí a Laura llamarme detrás de mí.

Oh, no. No no no.

Laura

MIKE SALIÓ a la terraza y salí detrás de él.

—Mike... —dije, sin saber muy bien cómo seguir. Siguió dándome la espalda, los hombros anchos dentro de la chaqueta del traje oscuro.

—No hace falta que digas nada. Vuelve con tu novio.

—No lo entiendes, Mike...

Se dio la vuelta para mirarme. Seguía con su cara de indiferencia, como si le diese igual todo.

Pero sabía que no era verdad. Podía verle apretando la mandíbula. Lo malo —o lo bueno— de haber sido compañeros de piso durante más de un año es que nos conocíamos bastante bien. Quizás demasiado bien.

—¿Qué hay que entender? ¿Es a lo que habías venido, no? A recuperarle. Pues ahí lo tienes. Que lo disfrutes.

—Déjame que te explique...

—No hay nada que explicar. Y ahora, si me lo permites, voy a mezclarme un poco...

Hizo ademán de volver a entrar en el salón.

—¡Me quieres dejar hablar!

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué?

—Que tenías razón. Es un gilipollas. Y un cretino. Aparte de bastardo, claro está. Solo quería volver conmigo porque nos ha visto bailando... —dudé un poco— y besándonos.

Si se le podía llamar besarse a lo que habíamos hecho en medio de la pista de baile.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú quieres volver con él?

—¡No!

Levantó las cejas.

—¿No? —preguntó.

—¡Que no!

Qué pesadilla de hombre, de verdad. Testarudo como él solo. Estaba replanteándome la vida, cuando se acercó a mí.

—¿Y qué es lo que he visto ahí dentro, entonces?

Nunca me había dado cuenta de lo bien que olía Mike. Como a madera, a

sándalo... y a Mike.

—Ha sido un momento de debilidad —le dije, levantando la vista para mirarle directamente a los ojos.

—¿Y vas a tener más... momentos de debilidad?

—No—. Tragué saliva—. No con Harold, quiero decir.

Volvió a sonreír, lentamente, una de sus sonrisas peligrosas.

Oh, no.

Me di cuenta de que de repente tenía la boca seca.

—¿Y mi champán?

Me cogió de la mano y volvimos a entrar en la fiesta. Fuimos hasta el bar, donde Mike volvió a coger dos copas de champán.

Me dio una de las copas.

—¿Por qué brindamos?

Mike sonrió otra vez.

Dios.

Me había sonreído otras veces (éramos compañeros de piso desde hacía más de un año, al fin y al cabo), pero nunca de aquella manera.

No me extraña que tuviese hordas de mujeres persiguiéndole allá por donde fuese.

—Ya lo tengo —dije, respondiendo a mi propia pregunta—: por un año nuevo libre de bastardos.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No está mal, como brindis en general. A ver si es posible.

Chocamos las copas, bebimos un trago de champán y nos miramos a los ojos. Con las copas todavía en la mano, Mike se inclinó para besarme, levemente, rozando mis labios con los suyos. Entreabrí los labios y aproveché para mordisquearme el labio inferior. Lo de antes bailando había sido una explosión, algo inesperado. Ahora era más un descubrimiento. Sentí como si la sangre se me espesara de repente en las venas, como si se estuviera convirtiendo en lava. Me empezó a subir un repentino calor por los muslos...

Pasó los labios por mi mandíbula y noté su barba incipiente rozarme el cuello.

—¿Nos vamos de aquí?

¿QUÉ ESTABA HACIENDO? Mike era mi compañero de piso. Aquello podía acabar mal, muy mal...

—Mike...

—Dime que no te estás arrepintiendo...

No sé qué me estaba haciendo en la oreja, pero se me estaban volviendo a doblar las rodillas.

—Mike... no sé si esto es buena idea...

—Es la mejor idea que hemos tenido en mucho, mucho tiempo.

Bajó de nuevo su mano por mi espalda desnuda y la apoyó en la base, haciendo círculos con el pulgar en la zona donde terminaba el escote trasero y empezaba el vestido.

—Este vestido me está volviendo loco...

Le cogí de las solapas de la chaqueta, dispuesta a atacar, cuando de repente vi a Harold acercarse por el rabillo del ojo.

Por dios, otra vez no... se me estaba haciendo la noche larguísima, y eso que había llegado tarde a la fiesta.

—¿Dónde has ido? —preguntó—. ¿Y qué haces con él otra vez?

Ups. De repente me acordé de que había salido detrás de Mike sin dar ninguna explicación ni decirle nada a Harold.

—Pensaba que habíamos vuelto —dijo, enfurruñado.

—Pensabas mal —respondí.

—Está bien, Mike: vamos a arreglar esto de una vez —dijo—. Vamos fuera.

Mike, que no le había prestado la más mínima atención hasta entonces, le miró como si fuera un dibujo animado.

—¿Fuera?

—A la calle.

Por el amor de dios.

Mike dejó de bailar de repente, sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta y empezó a pulsar la pantalla.

—¿Sabes qué? Es una idea estupenda. Quedamos en la puerta en quince minutos.

Harold pareció un poco descolocado por su respuesta, pero no le dio tiempo a responder ni a decir nada más porque Mike me cogió de la mano y dijo:

—Ahora, si nos disculpas... —y me llevó hacia el ascensor.

Le miré, en estado de shock.

—¿Vas a pelearte con Harold?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ni de coña. He mandado un mensaje a los de la limusina; está aparcada en el aparcamiento subterráneo. En cinco minutos nos recogen en la puerta. Diez, como mucho.

Sonreí.

—Estás como una cabra.

ANTES DE IRNOS nos acercamos hasta donde estaba Sharon. Aproveché para terminarme la copa de champán y soltarla por el camino. Mike hizo lo propio.

—Sharon, nos llevamos la limo... ¿la vas a necesitar? ¿Le digo que vuelva? —dijo Mike.

Sharon seguía bailando con el chico pelirrojo. Miró nuestras manos enlazadas y levantó las cejas.

—¿Os lleváis la limo, dices...?

De repente me entró la cobardía y pregunté, un poco desesperada:

—¿Vienes? —quería que dijese que sí y también quería que dijese que no. Si venía con nosotros sería más difícil que Mike continuara con sus avances. No me fiaba de mí misma. Necesitaba a Sharon de carabina.

Esta vez fue Mike quien me miró con una ceja levantada, con cara de interrogación. Luego me cogió de la cintura, supuse que para que no se me olvidase qué estábamos haciendo antes de decidir irnos...

Sharon sonrió, como si supiese exactamente lo que estaba pensando.

—No, la noche no ha hecho más que empezar... además, probablemente me vaya con Jimmy. Es supergracioso.

El susodicho la miró con la cara iluminada de adoración, como si le hubiera tocado la lotería. Y le había tocado: tenía suerte de que a Sharon le atrajese más un buen chiste que cualquier otra cosa.

BAJAMOS EN EL ASCENSOR, lleno hasta los topes de gente medio borracha que abandonaba la fiesta para terminar de emborracharse en otros garitos de Nueva York.

Cuando quise darme cuenta, y sin apenas tiempo para pensar, estábamos a las puertas del edificio, en la acera, esperando a la limusina.

Menos mal que apenas fueron dos minutos de espera, porque no me había llevado ningún tipo de chaqueta ni nada por el estilo. Estaba tan enfadada

cuando había salido de casa que ni había sentido el frío. Aparte, el Uber me había llevado de puerta a puerta, claro.

Mike me puso su chaqueta de traje por encima. Me quedaba enorme, me llegaba casi hasta el borde del vestido, pero de momento me quitaba el frío.

Y olía a Mike. *Mmmm.*

Vi a Harold salir por la puerta del edificio, la chaqueta en la mano, remangándose la camisa, mientras la chica de la foto de Instagram tiraba de él hacia adentro.

Me dio pena la pobre mujer. No sabía dónde se estaba metiendo.

Justo en ese momento llegó nuestra limusina y paró en la acera.

—Vamos.

Mike me cogió del codo y me ayudó a entrar.

LA LIMUSINA

Observé a Mike en el asiento trasero de la limusina, mientras le daba al botón para subir el cristal que nos separaba del conductor, tan guapo, en mangas de camisa oscura. También le había visto en pijama, ponerse ciego a ganchitos mientras veíamos una película, o algún domingo de resaca, o una vez que nos hizo responder a la puerta y decir que no vivía ahí porque una exnovia lo estaba persiguiendo...

Era atractivo, muy atractivo. Pero no sabía cómo íbamos a continuar la noche sin que me diera la risa.

Quizás le conocía demasiado. A lo mejor la atracción no había sido más que un producto de la escena que le habíamos montado a Harold.

Cuando el cristal de separación se hubo cerrado del todo, me miró con aquellos ojos verdes oscurecidos por el deseo y me dio un vuelco el corazón.

No me dio tiempo a pensar mucho más, porque se acercó a mí y empezó a besarme el cuello.

—Mike...

—¿Mmmm? —murmuró, sin separar sus labios de mi cuello.

—¿Crees que esto es buena idea? Nos conocemos demasiado... ¿no va a ser un poco raro? Nos va a dar la risa. Por lo menos a mí. Constantemente. Ya me está dando.

Quitó su cara de mi cuello para mirarme con ojos entrecerrados.

—¿Darte la risa? ¿Tú crees?

Me encogí de hombros.

—Ven aquí.

Estábamos separados menos de un centímetro.

—¿Aquí dónde? Ya estoy aquí.

Entendí lo que quería decir cuando me cogió de la cintura y me sentó encima de él, a horcajadas.

—¡Mike!—. Miré hacia atrás, al cristal oscuro que nos separaba del conductor de la limo.

—No se ve nada. Y no se oye nada, tampoco.

Las aceras estaban llenas de gente celebrando el año nuevo.

—¡Pero nos ve la gente!

Mike negó con la cabeza.

—Cristales tintados, cariño. Ahora, ¿qué decías de darte la risa?

Mi escote quedaba justo a la altura de sus labios. Una de sus manos bajó por mi espalda hasta llegar a mi falda y empezó a levantarme el borde del vestido hacia arriba.

Con la otra mano tiró del escote del vestido hacia abajo hasta dejar al descubierto mis pechos.

Evidentemente, con aquel vestido no podía llevar sujetador.

Acercó sus labios y empezó a besarme los pechos, luego me pasó la lengua alrededor de la aureola, primero una, luego otra.

Con la otra mano me acarició las nalgas, que habían quedado al descubierto al subirme la falda del vestido.

—Mike —dije, sin aliento.

—¿Sí? —preguntó, distraído.

—¿De verdad que no se oye con el cristal ese?

—Está insonorizado, cariño.

—Oh dios —gemí.

—Puedes gritar todo lo que quieras.

Apartó mi tanga y empezó a jugar con los dedos en mi sexo.

—Estás chorreando...

Me metió un dedo largo, de repente, y me eché hacia atrás.

Aprovechó para meterse un pezón en la boca y succionar.

—¡Oh dios! —grité.

Un segundo dedo se unió al primero, dentro de mí. Empezó a moverlos, a meter y sacar los dedos desde atrás.

—Cabalga mis dedos —empecé a moverme arriba y abajo, encima de su mano — eso es... uno más —dijo, y entonces fueron tres dedos dentro de mí. Empezó a chuparme los pezones de nuevo, a acariciarme los pechos...

El orgasmo me pilló desprevenida, un rayo que me atravesó hasta las puntas de los pies.

Empecé a gemir sin control mientras me movía encima de Mike, arriba y abajo, sobre sus dedos, rápidamente.

—Eso es, córrete... otra vez —dijo, y con la mano libre empezó a presionar mi clítoris.

Negué con la cabeza, el moño deshaciéndose, mi pelo moreno cayendo en todas direcciones. Negué con la cabeza porque era imposible que tuviese dos orgasmos seguidos, por mucho que Mike...

Oh dios, dios...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Puse las manos en el techo de la limusina y empecé a retorcerme y a gritar.

No sé cuánto tiempo pasó, pero por fin me calmé y me apoyé en el hombro de Mike para recuperarme, exhausta, respirando con dificultad.

—¿No decías que te iba a dar la risa? —dijo, con una sonrisa en la voz. Luego acercó su boca a mi oreja y susurró—: Voy a follarte de todas las formas posibles... vas a tener tantos orgasmos que no vas a acordarte ni de tu nombre.

A pesar de la intensa sesión que acabábamos de tener, volví a excitarme de nuevo.

Vale. Era el Mike que conocía pero a la vez *no era* el Mike que conocía: era un Mike nuevo, sexy, intenso, increíblemente... hábil. Había tenido más orgasmos en el último rato en la limusina que en mi último mes con Harold. Triste, pero cierto.

Me había dejado totalmente desmadejada y sin aliento, en menos de diez minutos. Eso requería venganza...

Decidí que quería pasar a la acción.

Después de dos orgasmos casi seguidos, se me habían quitado todas las dudas y remilgos.

Le desabroché el cinturón y le bajé la cremallera del pantalón.

—¿Que haces? —preguntó con voz estrangulada.

—¿Tú que crees?

Metí la mano por la abertura del pantalón y le liberé la polla, que salió de sus confines, erecta y dura.

Me quedé con los ojos fijos en ella, paralizada.

Vale. No era su hoyuelo, no eran sus ojos: ahora sabía por qué estaba rodeado siempre de un harén.

No se me ocurrió otra cosa que decirlo en voz alta.

—Ya sé por qué te persiguen todas esas mujeres...

Mike empezó a reírse. Me bajé de su regazo, incliné la cabeza, me metí su polla en la boca y paró de reírse de repente.

Empecé a chupar con entusiasmo, lo que pude, porque no me cabía entera en la boca. Me había puesto de rodillas sobre el asiento trasero de la limo, la cabeza en el regazo de Mike.

—Oh dios...

Levanté la cabeza para ver a Mike con cara de absoluto éxtasis y los ojos entrecerrados, mirándome.

Metió una mano bajo mi vestido, de nuevo, y empezó a acariciarme las nalgas.

Empecé a chupar con más entusiasmo.

Al cabo de unos momentos Mike me puso una mano en el pelo.

—Tienes que parar, tienes que parar...

Me la saqué de la boca para mirarle y responder:

—No quiero.

—Yo tampoco —dijo, sonriendo—, pero ya hemos llegado.

ME COMPUSE la ropa antes de bajar de la limusina; Mike también, se abrochó la cremallera y el cinturón... volví a ponerme por encima la chaqueta de su traje. Cuando salí de la limo evité mirar al conductor. Estaba segura de que sabía perfectamente lo que habíamos estado haciendo en el asiento de atrás, a pesar del cristal.

Empezamos a andar hacia la puerta del edificio de apartamentos y me di cuenta de que Mike andaba un poco... raro.

—No me mires así —me dijo—. Intenta tú andar con una erección monstruosa... *eh...* buenas noches, Sra. Higgins.

También era mala suerte encontrarnos a nuestra vecina de abajo justo en ese momento, sacando la basura.

Solo la Sra. Higgins podía sacar la basura la noche de año nuevo casi a la una de la mañana.

Nos miró con desaprobación, primero la entrepierna de Mike, luego su pelo revuelto, luego a mí, también el pelo revuelto, el vestido rojo y la chaqueta de Mike sobre los hombros.

Se fue con su bolsa de basura hacia el contenedor, musitando algo que

podía estar entre un “buenas noches” o un “esta juventud”.

Miré a Mike, medio riéndome. Luego tiró de mi mano y subimos casi corriendo las escaleras hasta nuestro apartamento.

LA HABITACIÓN

Conseguimos abrir la puerta del apartamento después de que a Mike se le cayeran las llaves tres veces. Todavía estaba riéndome cuando cerró la puerta, me acorraló contra la pared y empezó a besarme, hambriento.

Volvió a bajarme el escote del vestido y dejó mis tetas pesadas al descubierto. Empezó a chupar, besar, lamer...

—Mike, Mike...

Le desabroché el cinturón de nuevo y abrí la cremallera de sus pantalones, desesperada, y por fin pude meter la mano por dentro y cerrarla alrededor de su polla.

Moví la mano dentro de sus pantalones y Mike cerró los ojos y apoyó su frente en la mía.

—Laura... voy a estallar.

Entonces me subió la falda hasta la cintura y me arrancó el tanga, rompiéndolo de un tirón.

Me dio la risa, pero se me cortó enseguida cuando se puso de rodillas, cogió una de mis piernas, la colocó encima de su hombro y enterró la cara entre mis piernas.

Empezó a comerme como si estuviera hambriento de mí, metiendo la lengua en mi coño húmedo, chupándome el clítoris, succionando. Empecé a gemir, desesperada, a punto de correrme de nuevo, cuando alargó la mano para coger su chaqueta del traje, que me había quitado y estaba en el suelo. Sacó la cartera y de ella un condón. Se incorporó, abrió el paquete con los dientes y cuando estaba poniéndoselo miré hacia abajo y vi que el condón era dorado.

—¿En serio?—. No pude evitarlo y me volvió a dar la risa.

—No preguntes —dijo Mike, terminando de ponerse el condón.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

—No lo he hecho...

Entonces, en un solo movimiento cogió mi pierna y la subió para pasarla alrededor de su cintura. Flexionó las piernas y, a pesar de la urgencia, empezó a penetrarme poco a poco, centímetro a centímetro, lentamente, hasta que estuvo dentro de mí, del todo, llenándome.

Mike, dentro de mí. Por primera vez.

—Oh dios —pegó su frente a la mía—. No voy a aguantar mucho, Laura, lo siento; luego te compenso el resto de la noche...

—Oh dios sí —dije yo también, mordiéndome el labio—. Creo que nos hemos cargado nuestra amistad.

Mike rió y sentí las vibraciones dentro de mí, y entonces empezó a moverse...

Le cogí la cara entre las manos, le besé y empecé a moverme con él. No podía hablar. Era una sensación maravillosa, tenerle dentro de mí, grande, duro, caliente... me empujó contra la pared, una vez y otra y otra, y entre lo erótico de la situación, que antes me había dejado a medias con la lengua y lo bien que me estaba follando, que me la estaba metiendo, empecé a tener otro orgasmo.

—Me voy a correr, Mike, otra vez.

—Yo también, yo también... ah, yo también... joder...

Me cogió de las nalgas y empujó hacia arriba una vez, otra, sin parar, hasta que le agarré de los hombros, desesperada, mientras me sacudía el —no podía creérmelo— tercer orgasmo de la noche, mientras Mike también perdía el control y jadeaba en mi cuello.

Cuando hubo pasado el estallido nos deslizamos hasta el suelo, exhaustos.

* * *

—¿QUIERES un poco más?

Mike alargó la mano para coger la botella de champán de la mesita, y el movimiento hizo que gimiera un poco.

Luego me llenó un poco más la copa.

Estábamos desnudos —por fin—, en mi cama, Mike sentado apoyado en el cabecero, las piernas extendidas delante de él, yo sentada encima de él.

Sentada encima de él, totalmente empalada en él, con su polla metida hasta dentro, mis piernas flexionadas flanqueando sus caderas.

Y bebiendo champán de una copa.

El champán lo habíamos cogido de la nevera antes de trasladarnos al dormitorio. Nos habíamos dado unos momentos para recuperarnos, y nos habíamos puesto a ello de nuevo, enseguida.

Brindé con Mike y bebí un sorbo de champán mientras él hacía lo mismo, mirándome por encima del borde de la copa.

Subió las caderas hacia arriba.

Gemí y estuve a punto de atragantarme con el champán.

—Mike...

Sonrió.

—¿Estás bien?

Me mordí el labio mientras se movía y me cogía de las caderas... eché la cabeza hacia atrás.

—Sí...

—¿Cómo de bien?

Le di un golpe de broma en el hombro.

—No seas tonto.

Cogió mi copa y la suya y las dejó encima de la mesita.

Salió de dentro de mí para cambiar de postura. Era una pena, pero se le habían terminado los condones dorados; el de la cartera era el único que tenía.

No es que importase mucho, tampoco.

Me tumbó en la cama, cogió una de las copas de champán y adiviné qué iba a hacer antes de que lo hiciera.

Inclinó ligeramente la copa hasta que una pequeña cantidad de champán se derramó sobre mis pechos desnudos.

—¡Mike!

Curvó los labios en su sonrisa peligrosa, bajó la cabeza y empezó a lamer.

Oh sí.

Había que reconocer que era un maestro.

Me chupó los pezones con fruición, primero uno, luego el otro, quitándome todo rastro de champán, lamiendo todo el champán de mi cuerpo, mientras yo me retorció debajo de él.

Cogió mis piernas de nuevo, y las puso alrededor de la cintura y volvió a penetrarme, esta vez de golpe.

Empezó a embestir, cada vez más fuerte, cada vez más profundo... arqueé

la espalda, gimiendo sin control.

—Eso es... eso es, así, muy bien, una vez más... ¿te gusta?

Asentí con la cabeza con lo poco que me quedaba de cordura.

Me besó de nuevo, me acarició, me subió todavía más las piernas, doblando mis rodillas, sin dejar de embestir.

—Córrete, luego voy a darte la vuelta y follarte desde atrás, a cuatro patas...

—¿Estamos haciendo algún tipo de kamasutra, o algo? —dije, en broma, entre gemidos.

Creo que Mike tenía demasiada energía para mí. Menos mal que había tomado la iniciativa y no tenía que hacer mucho más que dejarme llevar...

Sonrió.

—Quiero disfrutarte, y que disfrutes...

Justo en ese momento me corrí, arqueando la espalda.

Como había prometido, me dio la vuelta y me subió las caderas hasta que quedé a cuatro patas. Me sujeté al cabecero de la cama.

Me penetró de nuevo, desde atrás, en una sola embestida.

Estaba siendo el polvo del siglo. Era un maestro. Se conocía todos los ángulos, todas las posturas, los sitios ideales donde presionar. Empezó a hacer círculos con la mano en mi clítoris.

—Otra vez —dijo.

—Joder Mike, no puedo más, no puedo... aaaah...

Empecé a echarme hacia atrás, desmintiendo mis palabras, para que me penetrara más profundamente.

—Fóllame... eso es, fóllame tú, ¿lo sientes? Ven aquí. Separa las piernas. Échate hacia atrás, eso es, nóvalo, siente cómo entro, eso es... más fuerte, más fuerte...

—¡Mike!

—¿Te vas a correr otra vez?

Asentí con la cabeza.

Me puso una mano en la espalda y presionó hacia abajo, hasta que quedé completamente tumbada en la cama, las piernas abiertas, Mike penetrándome.

—Qué adentro entras en esta postura... oh dios sí...

Empezó a hacer círculos con las caderas y agarré las sábanas.

—Siénteme... siente mi polla, cómo entra... ¿te gusta?

La sentía, invadiéndome, dentro del todo en aquella postura, estaba tan llena de él que iba a estallar.

—Sí... me voy a correr otra vez...

—Dime cómo te gusta.

—Me gusta todo lo que hagas, me gusta... *ah...* sí, sí, sigue así... me gusta que me folles duro.

No había acabado de decir eso cuando empezó a empujar más fuerte, con más potencia.

—¿Así?

—¡Ah! ¡Ah! ¡No puedo!

—¿No querías duro?—. Me embistió una vez más, dos, tres—. ¿Así te gusta?

—¡Sí, sí, sí! ¡No puedo más, me corro!

Justo en ese momento me sacudió otro orgasmo, este brutal, con calambres por las piernas, sin poder dejar de gritar y de dar alaridos, mientras Mike seguía penetrándome con su polla grande y dura, una y otra vez, sin cansarse, sin parar.

Vi que Mike había perdido el control y sus embestidas eran cada vez más rápidas y potentes, hasta que dio un grito gutural él también y se corrió dentro de mí.

FELIZ AÑO NUEVO

Cuando me desperté, parecía que alguien me estaba taladrando la sien. ¿Quién había encendido la luz? Luego me di cuenta de que era de día, la luz entrando a raudales por la ventana sin cortinas.

¿Sin cortinas?

Miré a mi alrededor. La habitación de Mike.

Gruñí y metí la cabeza debajo de la almohada. Y me acordé de repente de todo lo que había pasado la noche anterior, desde que me había levantado el sofá y me había quitado el pijama, hasta que había vuelto al piso con Mike y...

Dios, oh dios.

Miré un poco por debajo de la almohada para comprobar lo que ya sabía: que Mike no estaba en la cama.

Mis sábanas no estaban en el mejor estado del mundo, después del episodio del champán, así que después de darnos una ducha rápida nos habíamos trasladado a la suya.

La habitación de Mike. La cama de Mike, que olía a Mike.

Que probablemente había salido corriendo y se había cambiado el nombre, al darse cuenta de lo que había hecho.

De lo que *habíamos* hecho.

Una cosa era tirarse a alguien en fin de año, medio borracho, y luego si te he visto no me acuerdo... pero normalmente después no tenías que ver a *ese alguien* todos los días.

Oh dios.

No me dio tiempo a seguir entrando en pánico porque la puerta se abrió y apareció, sorpresa, Mike con una bandeja en la mano.

Bueno, la bandeja sí era una sorpresa.

Mike era una visión caída del cielo: con el torso desnudo, solo llevaba puesto unos pantalones de deporte oscuros con una raya gris en los laterales.

—Hey, estás despierta.

Me dedicó una sonrisa luminosa.

Suspiré. No se podía ser más guapo.

Me fijé en el contenido de la bandeja: tostadas, mermelada, mantequilla, café (como me gustaba, negro), y un zumo de naranja.

Lo que siempre desayunaba.

—Gracias —dije, tapándome con la sábana, súbitamente modesta—. No tenías que haberte molestado, justo iba a levantarme ahora...

Dejó la bandeja encima de la mesita y se sentó en la cama.

—No quería que te levantas todavía... —me escrutó. Tenía que haber aprovechado para lavarme la cara o algo, antes de que llegase—. Además —sonrió—, hay un pelirrojo pequeño en la cocina, en calzoncillos. No quería que te diese un infarto.

Sonreí, a mi pesar. Sharon. Estaba como una cabra.

Mike se levantó, cogió la bandeja y la puso encima de la cama.

—Come, antes de que se te enfríe la tostada.

No podía soltar la sábana. Si soltaba la sábana estaba desnuda debajo. No podía desayunar con los pechos al aire.

No delante de Mike.

Bueno, y aunque no estuviese delante de Mike, tampoco. Era incómodo y poco práctico.

Se dio cuenta de mi apuro y meneó la cabeza a uno y otro lado. Abrió un cajón de su armario y me tendió una camiseta.

—Toma.

Me la puse, consiguiendo que no se viera nada en el proceso. Me quedaba enorme, la manga por el codo. Seguía desnuda de cintura para abajo, pero al menos estaba tapada con la sábana.

Me puse la bandeja en el regazo, y empecé a untar la mantequilla en la tostada.

—No me lo digas: antes de que llegase, estabas en modo pánico —dijo Mike.

Le miré con los ojos muy abiertos. Estaba de pie al lado de la cama (el lado contrario al mío, los brazos cruzados sobre el pecho) y me miraba sonriendo.

—Mike...

Negó con la cabeza.

—No me gusta ese “Mike”.

Seguí untando la tostada, esta vez de mermelada, como si me fuera la vida en ello.

No me había dado tiempo a componer mi discurso de “es mejor que sigamos siendo amigos”, y ahora tenía que improvisar.

Le di un mordisco a la tostada y mastiqué, mientras pensaba qué decir.

—Esto ha sido un error.

Levantó las cejas.

—¿Un error? Tengo algunas lagunas de anoche, no te lo voy a negar, pero no recuerdo nada que fuese un error. Todo lo que hice anoche, lo volvería a repetir. Gustoso.

Suspiré.

—Vivimos juntos. No hemos hecho más que complicar las cosas.

—Hemos hecho *algo más* que complicar las cosas.

Terminé de comerme la tostada. Al menos mientras masticaba no tenía que hablar.

Mike se sentó a mi lado, en la cama, con cuidado para no mover la bandeja de mi desayuno.

—Somos amigos —dijo—. Bueno; éramos amigos. Ahora somos algo más. Hemos vivido juntos el último año, ya sabemos lo que nos gusta del otro, ya sabemos lo que nos pone de los nervios.

Sí, que no aclarase los platos antes de meterlos en el lavavajillas...

Grrrr.

Me apartó el pelo de la cara y me pasó los nudillos por la mandíbula.

—Tal como yo lo veo, ya tenemos la mitad del camino hecho. Podemos probar.

De repente se me puso un nudo en la garganta.

—¿Y si sale mal?

—No va a salir mal.

Le miré a los ojos y repetí la pregunta

—¿Y si sale mal?

Sonrió.

—Entonces siempre seremos amigos. ¿Trato?

Ya, claro. Y tendría que sacarle los ojos a la siguiente mujer que se trajese al piso. Y dejar de vivir en el piso. Probablemente, también mudarme de ciudad. Y de país.

—Va a salir bien. Confía en mí —dijo, como si pudiese leerme los pensamientos.

Entonces le vi allí, sentado en la cama a mi lado, el torso desnudo, la sonrisa increíble, sin afeitarse, el pelo revuelto, los ojos color musgo, y me dio un vuelco el corazón. Me di cuenta de que ya estaba medio perdida. Ya no podía volver a ser “solo amigos”. No había vuelta atrás.

Así que de perdidos, al río.

Apoyé la bandeja del desayuno en la mesita de mi lado de la cama y me tiré encima de Mike, que soltó una carcajada mezclada con un gruñido.

—¿Sabes qué? —le dije, mientras enmarcaba su cara con mis manos.

—¿Qué?

Había aprovechado para meterme las manos por debajo de la camiseta, por la espalda.

—Que tienes razón.

—¿Puedes esperar un poco a que coja el móvil para grabar este momento?

Le di un golpe en el hombro.

Idiota.

Me besó suavemente en los labios.

—Laura...

—¿Qué?

Sonrió debajo de mi boca.

—Feliz Año Nuevo.

Fin

* * *

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia) y escribe sus historias entre ladridos, maullidos y cambios de pañal.

Nina publica historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

[Sigue a Nina Klein en Amazon](#) y serás el primero en enterarte cuando publique una nueva historia:

<https://www.amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2>

ninakleinauthor@gmail.com

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

El Regalo de Navidad



Tener una crisis en medio del supermercado ya era patético de por sí.

Tener una crisis en medio del supermercado a dos días de Navidad, con villancicos sonando de fondo, en el pasillo de los licores después de encontrarme con mi exmarido y su nueva novia...

No tenía precio.

Sobre todo cuando mi exmarido lo era desde hacía solo tres horas, la novia no era tan nueva y tenía un pedrusco en la mano del tamaño del Empire State.

Menos mal que rondando por allí estaba el reponedor macizo que había venido a rescatarme de mi ataque de llanto... y que quizás podría rescatarme de algo más: de las Navidades más deprimentes de mi vida.

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

El Club



Caroline está harta de citas cutres en Tinder y de desperdiciar sábados por la noche en tipos que no merecen la pena.

Cuando le cuenta su último desastre a Chloe, su compañera de oficina, ésta le da una tarjeta misteriosa, con un palabra grabada en ella: *Poison*.

La tarjeta es de un club de sexo, donde todos sus deseos pueden hacerse realidad...

El sábado siguiente, con un vestido nuevo, unos zapatos de ensueño y hecha un manojo de nervios, Caroline se planta enfrente de la puerta del club.

¿Se decidirá a entrar?

¿Será lo que ella esperaba, o será otro sábado por la noche desperdiciado...?

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *